

Memoria
III Foro Colima y su Región
Arqueología, antropología e historia

Juan Carlos Reyes G. (ed.)

Colima, México; Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2007.

La rebelión de los lazarinos.

José Abelardo Ahumada González

Cronista Municipal de Colima

*Sucedió en Caxitlan,
Provincia de Colima,
a finales del siglo XVIII.*

-Nadie, padre Mateo, sabe mejor que nosotros, los negros, lo que es vivir con tristeza. Mire, mi abuelo era un chiquillo apenas, cuando lo secuestraron en África y se lo trajeron encadenado en la bodega oscura, húmeda y maloliente de un barco cuyo viaje duró dos largos períodos de luna, para ser vendido como esclavo en la Villa de la Vera Cruz. Él le contó años después a mi padre que, cuando los esclavistas trataron de hacerlos descender del barco, ni él ni los demás negros que venían allí pudieron levantarse al primer intento, aunque lo deseaban, porque sus piernas se habían casi inutilizado después de dos meses de permanecer forzosamente acostados, con los grilletes puestos en los tobillos.

Muchos subieron hasta la cubierta totalmente a gatas y algunos casi se cegaron al ver la luz del sol. Pero, luego, ya cuando pudieron sostenerse en pie, los bajaron atados con una soga del cuello, uno tras de otro, y los llevaron en fila por una playa arenosa hasta la orilla de un río, para que se lavaran la mugre que durante todo ese tiempo se les había acumulado en sus cuerpos. Le dijo que bebieron agua del río hasta hincharse y que enseguida los llevaron a un galerón

donde les dieron de comer unos alimentos para ellos desconocidos, pero que les supieron a cielo, y que después resultaron ser simples frijoles cocidos y tortillas de maíz. Le comentó que esa primera noche casi nadie pudo dormir porque les hacía falta el movimiento del barco y porque entendían que, habiendo viajado tanto tiempo a través del mar, ya nunca volverían a ver sus tierras, ni a la gente a la que amaban.

A mi abuelo lo vendieron allí mismo en la mañana siguiente. Dijo que los levantaron a oscuras, los hicieron embadurnarse el cuerpo con aceite, para que si piel brillara, y que los llevaron, todavía con la soga el cuello, por unas calles de la Vera Cruz hasta una plaza muy ancha en donde los subieron a exhibir en una tarima de madera, pronunciando siempre un montón de palabras que ninguno de los negros entendía.

Su comprador adquirió otros cinco esclavos más grandes y fuertes que mi propio abuelo y se los trajo primero hasta la ciudad de México pasando mil hambres y fatigas y exponiéndolos a un frío increíble que ninguno de sus paisanos había sentido jamás.

Sólo cinco de aquellos seis infortunados negros llegaron a México, llenos de fiebre, pues uno de ellos simplemente se quedó tendido a un lado del Camino Real.

En México, mi abuelo estuvo nuevamente en venta. Su nuevo dueño lo llevó primero hasta Zacatula y desde allí lo trajo hasta Caxitlan, en donde pasó el resto de su vida trabajando en un palmar de cocos, donde lo marcaron en la cara con un fierro caliente, como le pasó a mi padre, como me pasó a mí, como le pasó a algunos indios y como les pasa a las reses y a los caballos.

Usted, padre Mateo, es una buena persona que viene y nos habla de su Señor Jesucristo, del que dice que a todos nos amó y que murió en la cruz por nosotros; pero yo le digo a usted que si él sufrió por nosotros, no terminó de sufrir porque nosotros lo seguimos haciendo todos los días y no hay nada que nos pueda aliviar en este *valle de lágrimas* que usted menciona en sus oraciones.

Mire, hasta antes de que yo contrajera la lepra y se me comenzaran a carcomer las carnes y se me comenzaran a desprender los dedos de los pies, pese a ser esclavo podría decir que en algunos ratos fui feliz, pero ¿qué hago con esto ahora, sabiendo que me voy a ir cayendo a pedazos?

Usted viene hasta las barracas y no nos tiene asco, o se lo aguanta; pero la demás gente no nos quiere, huye de nosotros y nos confina en estos lugares infectos. ¿Qué esperanza o qué motivos tenemos nosotros para poder creer en todo lo bueno y lo bello que usted nos dice si mal vivimos aquí, sólo esperando la muerte?

El cura se quedó en silencio a la sombra del mango, dibujó algo con una varita en la arena húmeda y miró hacia el asoleadero de la huerta, mientras a su alrededor zumbaba una nube de moscos y trataban de hacer su vida cotidiana los lazarinos en las chozas de junto al río.

Los hilos de humo que salían por los techos de las enramadas indicaban la actividad de las mujeres junto a los míseros fogones, pero en medio de toda aquella tristeza era perceptible el canto que una negra ciega entonaba en un idioma antiguo y desconocido de los que seguramente hablaban en sus lejanas tierras.

-Es muy cierto lo que me has dicho, Antón, muy cierto, pero también es verdad lo que yo te digo... El hecho de que tú seas negro y yo blanco no significa nada a los ojos de Dios, pues los dos somos sus criaturas. La lepra, además, como bien lo sabes tú, no es una enfermedad que sólo los ataque a ustedes, a los mulatos, a los indios o a los mestizos, sino que nos puede atacar a todos. Es más, en los propios tiempos de Nuestro Señor ése era un mal muy extendido en su pueblo. El problema de la esclavitud que padeces y padecen tus hermanos de raza no nace o deriva de Dios, sino de la ignorancia, del desconocimiento, de un mal raciocinio de mis paisanos y de otros antes que ellos, quienes llegaron a creer, equívocamente por cierto, que hay razas superiores y razas inferiores, unos que deben de ser servidos y otros que nacieron para servir. Pero no es culpa de Dios, quien precisamente por eso permitió el sacrificio de su propio Hijo, para que viniera a anunciarnos que, mediante el ejercicio del amor, es posible encontrar la salvación en el más allá.

-Ese es el problema, padre Mateo, cuando uno vive no quiere vivir sufriendo, pero sufre constantemente, pues el dolor, las angustias, los golpes y los malos tratos no son cosa que ocurran en el mañana sino que ya han ocurrido ayer, ocurren en este mismo momento y ocurren todos los días. Entonces, cuando usted viene y nos dice que, si creemos en Cristo y si cumplimos aquí sus mandamientos, cuando muramos ya no sufriremos, su mensaje no nos resulta ninguna novedad porque nosotros sabemos que con la muerte uno deja de sufrir y que, para los esclavos, morir es liberación; pero... Mire, mejor dejemos de hablar y véngase a comer con nosotros, hoy saqué unos pescados muy buenos del río, y la negra Mercé ya los tiene dorados en su comal.

-Señor Marqués, debe Usted saber que el padre prior del convento de San Juan de Dios me ha expresado su preocupación porque en el hospital de San Lázaro simplemente no hay recursos que ajusten y se corre el riesgo de que si la caridad de Usted no se desprende hacia ellos, se vean obligados a cerrarlo.

-Eso sería muy grave, señor Obispo, algo tendremos que hacer para evitar el cierre del hospital.

-Opino como Su Señoría, y nada menos anoche me la pasé en vela pensando en qué es lo que se pudiera hacer para evitarlo.

-¿Y cuál fue la solución que halló?

- Me da pena decirlo, pero no he podido encontrar ninguna. Lo que sucede es que, como tenemos tantos gastos en las misiones y es tanto lo que tenemos que enviar hasta la Santa Sede, andamos muy limitados de recursos.

-Igual o peor andamos nosotros. Luego, con eso de que los piratas ingleses constantemente han estado robando nuestros galeones, he quedado mal con el Rey y temo que no pueda brindarle, no sólo al hospital sino a otros establecimientos caritativos, ninguna ayuda por lo pronto.

-¡Qué mal anda el mundo ahora!, señor Virrey, pero en fin, no nos angustiemos, que como siempre Dios proveerá.

Cuando sonaron las doce campanadas del Ángelus, el correo ordinario de la alcaldía de Colima entró a la Casa Real y pidió permiso de ver al Alcalde Mayor.

-¿Cómo le ha ido, amigo Marcial? ¿Disfrutó, como otras veces su viaje?

-De ida todo fue muy bien, señor Alcalde, pero de regreso no; pues al pasar por un cruce del camino cerca de la hacienda de Ucareo, un par de salteadores me salieron al paso y tuve que dispararles. Herí a uno en su costado derecho, pero el otro me dio a mi un rozón en la cabeza y me hizo caer del caballo, golpeándome contra una piedra en un brazo. Me iba ya a rematar en el suelo, cuando, sin duda por obra de la Providencia, apareció por el camino de la hacienda un grupo de arrieros que, habiendo seguramente oído los disparos, llegaron al galope, sin darle oportunidad al forajido para cumplir su propósito; por lo que nos dejó ahí, en el suelo, a su compañero y a mí. Los arrieros colgaron sin más averiguaciones al salteador herido de un árbol al pie del camino, y a mí me llevaron para Ucareo en donde tuve que guardar tres días de cama mientras me recuperaba un poco y me sentía hábil para cabalgar. Finalmente ya estoy aquí y es lo que cuenta.

-¡Qué barbaridad! Ya no hay camino seguro, pero como usted dice, amigo Marcial, lo bueno es que ya está de regreso.

-Le traje el encargo que me pidió y unos oficios con el sello del Señor Virrey.

-¿Encontró las telas que le pedí para mi mujer?

-Sí, señor, y las zapatillas de raso.

-Emma se va a poner muy feliz. Ya sabe usted que nada hay que ponga más contenta a una mujer que tener ropa para estrenar en un día de fiesta... Tenga estos tres reales por el favor y vaya con el tesorero para que le cubra otros dos pesos por los servicios de mensajería que nos acaba de hacer.

-Señores regidores, señor alguacil, muy estimado padre Ramírez, les pedí que me hicieran la bondad de venir porque una urgencia se ha presentado y tenemos que mirar entre todos cómo la resolvemos.

-¿De qué se trata? Señor Alcalde, yo veo todo tranquilo.

-Tranquilo está todo, en efecto, pero me temo que no por mucho rato. El hecho es que hoy al medio día, casi a la hora del Ángelus, llegó don Marcial Sifontes con un correo signado por el Virrey, en el que se nos ordena enviar a todos los leprosos al hospital de San Lázaro en la ciudad de México.

-Pues ésa no sería mala idea.

-Sí, sirve que nos liberamos de tanta gente infectada que hay por aquí, sobre todo en el valle de Caxitlan y Tecoman.

-Esperen, señores, déjenme terminar de explicarles el resto: en el oficio nos dicen que todos los lazarinos deberán de aportar recursos para su sostenimiento y que, si no los tienen en reales, los deberán aportar en especie. Concretamente se nos ordena incautar sus bienes y ponerlos bajo la administración del hospital de San Lázaro.

-¡Ay, ay, ay! Eso sí que representa un problema, pues seguramente que los familiares y los herederos no van a querer que así ocurra.

-No sólo eso, señor alguacil, no sólo eso. En la redada se van a tener que ir también patronos, esclavos y servidores. Lo que será una gran humillación para algunos paisanos nuestros y una gran merma para quienes tengan esclavos, pues acabarán perdiendo.

-Entonces tendremos que oponernos.

-¿Oponernos a un decreto del Virrey? ¿Está usted, señor regidor, sugiriendo que nos pongamos solos la soga al cuello?

-Bueno, no tanto, señor Alcalde, pero, mire, yo mismo tengo a un negro y a una mulata infectados por la lepra en mi huerta de Xicotlan; don Gervasio, aquí presente, el otro día me comentó que tiene entre sus haberes dos indios y dos negros también lazarinos. Si tenemos que acatar la orden vamos a perder varios cientos de pesos cada uno de nosotros y, ¿quién nos habrá de resarcir esa pérdida?

-Si ustedes, señores del Cabildo, me lo permiten, déjenme decirles que en mi papel de cura de almas en esta parroquia, no sólo debo ver por el bien material de mis penitentes sino por su salvación eterna y por su salud terrena. De conformidad con ello, he platicado con el médico de nuestro hospital de la Purísima Concepción, que como bien saben pertenece lo mismo a los padres de San Juan de Dios, y me dice que la lepra está tan extendida por todas estas regiones que es casi seguro que tres o cuatro personas de cada cien la tengan en algún grado. Lo cual quiere decir que son muchas personas. Por lo que, viéndolo bien, yo no me imagino entonces ¿cómo podríamos hacer para que tanta gente a la vez se disponga a acatar semejante orden?

-Pues ustedes me habrán de dispensar, pero yo como Subdelegado y Alcalde Mayor debo de intentar cumplir estas órdenes y ustedes están obligados por su juramento a apoyarme, so pena de desacato.

-¡Padre Mateo! ¡Padre Mateo!

-¿Qué pasa, Clemente? ¿A qué viene tanto grito?

-Acaba de llegar de Colima Juan Cuamel y dice que trae malas noticias, pues estando en la plaza del tianguis oyó a un pregonero que decía que por orden del señor Virrey y del señor Alcalde Mayor, todos quienes tengan enfermedades de la piel, ya sean granos, xiriqua, mal de pinto, o mal de San Lázaro, tendrán que

pasar a ser revisados a los hospitales en el término de quince días si no quieren padecer pena de azotes y multa en reales.

-¿No viene borracho, como acostumbra?

-Un poco sí, pero no tanto como para que se le nuble el seso.

-No te angusties, Clemente, que en nada te afecta esa orden, y esperemos a que llegue un pregonero acá para que nos informe. Mientras tanto vete a dormir, y mañana, muy temprano, ensilla mi mula y apareja tu burro, que vamos a ir a recoger los diezmos de los ranchos del llano y a dar la misa del sábado en la capilla de nuestro señor Santiago, en el hospital de Tecomán.

-¿No has visto a Martín Taxqui?

-Sí, padre Mateo, lo vi en la mañanita como que iba de pesca.

-Y ¿a Juan Panu, el mayordomo de la Cofradía?

-Anoche se emborrachó, quien sabe si ya se haya levantado.

-Mira, ve a su casa y dile que ya vine, que lo espero en el hospital, y que se traiga el libro de cuentas...

-Buenos días, padrecito, ¿cómo está su merced?

-Muy bien, Juan Panu, gracias a Dios. Supongo que mejor que tú, mira nada más esa cara hinchada que traes. Seguro que te volviste a emborrachar. ¿Qué no te vas a corregir nunca?

-¡Ay!, padrecito, como la calor es mucha y el vino de cocos muy fresco, pues uno acaba por agarrarle el gusto al vino.

-Si sigues así será un gusto que te ha de costar la vida.

-No me eche la sal, padrecito, mejor deme su bendición.

-La bendición te la daré cuando me rindas las cuentas. ¿Ya las terminaron por fin?

-Pedro Pasca y Antonio Teltecane no se han querido juntar para hacerlas y sólo nos hemos juntado Martín Taxqui, el escribano y yo. Pero no creo que estén muy bien.

-A ver, déjame ver el libro de la Cofradía...Faltan ocho toros, Juan Panu, aquí dice que los Viejos y los fiesteros los regalaron para las bodas y los casamientos sin la aprobación del mayordomo. ¿Qué me dices tú de esto?

-Pues que usted nos ha enseñado a no decir mentiras, y que es cierto lo que ahí dice. Y yo creo que por eso Antonio y Pedro no han querido venir a hacer cuentas con usted, pero bien que fueron a las fiestas.

-Y mientras todos ustedes se comen los toros de la Cofradía en forma tan seguida ¿qué les están dando a los pobres del hospital?

-Carne no, frijoles, chile y tortillitas sí. Y a veces uno que otro blanquillito.

-¡Que bola de bribones son ustedes! Si siguen así el hospital va a quebrar.

El eco de las campanas se desparramó por los aires del pueblo y llegó a las huertas de Caxitlan dando la primera llamada para la misa del Domingo de

Ramos. En la choza de la familia de Clemente, junto al jagüey del riego, Sarita, su hermana, le preguntó a su madre:

-¿Madre, vas a ir a misa?

-Es misa de obligación. Tenemos que ir.

-Yo no iré.

-Te entiendo, hija, pero debes ir, así lo manda nuestra Santa Madre Iglesia.

-No quiero que la gente me vea, no quiero ser digna de asco y de lástima.

-Tu mejilla no está tan mal. Apenas se nota lo hinchado.

-Mira, mamá, quienes ya tienen experiencia en esas cosas sabrán de inmediato a qué se debe mi inflamación y, sabiéndolo ellos, no tardará el pueblo en saber que soy lazarina.

-Tápate con el rebozo.

-Si nunca he andado tapada con más razón daré a sospechar.

-¿Pero qué vas a hacer de aquí en adelante? ¿Te vas a encerrar de por vida?

-No sé, madre, no sé, pero por hoy no iré a la misa. Adelántate tú y pídele a la Virgen de la Candelaria por la salud de tu hija.

-Queridos hermanos, en el Evangelio de hoy se nos habla de que la glorificación que dan los hombres no es la misma que nos puede dar Nuestro Señor. Ustedes han oído cómo iba el Divino Salvador montado humildemente en un burro entrando a Jerusalén y cómo la gente lo recibió con hojas de palma del desierto y con gritos de ‘¡Hosanna, Bendito el que viene en el nombre del Señor!’, para luego dejar que lo encarcelaran y pedir más tarde que lo crucificaran; dando muestras de lo cambiante y traidores que podemos ser los seres humanos. En cambio, porque nuestro Redentor sabía muy bien que quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza será humillado, entró a la Ciudad Santa montando precisamente en un pollino y no en un caballo con ricos arneses, como correspondería a un rey. Entró humilde para merecer la gloria, pero tuvo oportunidad de castigar a los comerciantes del templo; demostrando, pese a todo, quien es el más poderoso. Después dio otras muestras de humildad: la primera cuando, antes de celebrar la última cena con sus apóstoles, se ciñó la toalla a la cintura, tomó el aguamanil y se fue a lavarle los pies a sus discípulos, como lo veremos aquí mismo el próximo jueves, en la ceremonia del lavatorio. La segunda, cuando, con todo y su gran temor, Jesús aceptó ser apresado en el Monte de los Olivos y acató así la voluntad de su padre, quien como en el caso de Isaac con Abraham, condujo a su hijo al sacrificio. La tercera, cuando soportó las injurias, los escupitajos, las burlas y los latigazos en sus irs y venires de Herodes a Pilatos, y la última, cuando siendo tan poderoso como es, aceptó ser levantado en la cruz en medio de dos ladrones, como veremos también el próximo viernes.

Hace poco, conversando con un negro, amigo mío, él me decía que cuando se habla de sufrimientos, no hay mayores que los que él y los de su raza esclava tanto tiempo han padecido.. Yo creo que lo mismo podrían decir varios de quienes

están hoy aquí, pero quiero decirles también que ninguno de nosotros, por más que sufra, puede comparar su sufrimiento con el que padeció Nuestro Señor Jesucristo, porque él era inocente de cualquier pecado y, aún siendo inocente, se dispuso a ser clavado en la cruz para la salvación de todos.

Por eso, ahora que estamos por terminar la Cuaresma y celebramos el Domingo de Ramos y estamos por entrar a la solemnidad de la Semana Mayor, yo los invito a que reflexionen, a que se conviertan, a que vivan en paz y con respeto a todos y a todo, y a que, si sufren, vivan en la esperanza de que la crucifixión del Señor nos habrá de ganar un espacio en el cielo para compartir con él nuestra vida eterna.

-¿Te fijaste comadre, qué bonito habló hoy el padre Mateo?

-Sí, comadrita, y no sólo me fijé en eso sino en que toda la gente estaba atenta, callada, como representándose la escena de la entrada del Señor a Jerusalén, la del Señor tumbando las mesas de los mercaderes y todo lo demás que el Evangelio decía. Ay, niña, hasta ganas de llorar me dieron.

-A mí también, pero, dime, ¿oíste lo que anduvo gritando ayer Diego el pregonero?

-Sí, mujer, estoy preocupadísima. Mi marido, ya ves, tiene manchas de xiriqua y, por obligación va a tener que presentarse al hospital. Pero ¿para qué? ¿Será que ya encontraron la cura para esa enfermedad?

-El prioste de la Cofradía de la Limpia Concepción de María dice que la cosa está rara porque el curandero asegura que no hay todavía cura para esos males.

-Entonces ¿por qué será tanto alboroto?

-Ve tú a saber...

-Como el asunto urge, tanto los alcaldes ordinarios, como los señores regidores, los señores alguaciles y yo mismo, habremos de ir, pueblo por pueblo, a comprobar que nuestros pregones se cumplan. Hoy en la tarde, colocaré las listas de quienes habremos de cubrir esa comisión en el zaguán de las Casas Reales y, mañana, a primera hora saldremos todos a realizar nuestro recorrido; llevando cada responsable de grupo los nombres que nos dieron los cirujanos comisionados. Después sacaremos a los enfermos de sus ranchos o de sus casas, y los enviaremos hasta el rancho de Los Chinos, donde permanecerán hasta que se junten todos y los podamos enviar a la ciudad de México para cumplir nuestra orden. ¿Está todo entendido?

-Si, señor Alcalde, pero qué vamos a hacer en caso de que alguna de esas personas se huya o se resista.

-Por lo pronto incauten sus bienes. Después ya se verá.

Cuando la orden se comenzó a ejecutar, Antón y Mercé no pudieron hacer nada para resistir o escaparse. Treinta y cinco personas como ellos fueron

obligadas a trasladarse al rancho de Los Chinos, pero no menos de cuarenta lograron escapar a la ejecutoria durante el primer día, ya sea porque no se hallaban en sus casas cuando las autoridades llegaron a buscarlas, ya sea porque a tiempo alguien los advirtió y corrieron pronto a esconderse.

Al amanecer del segundo día los alguaciles, los regidores y los soldados de la guarnición de Su Majestad siguieron cumpliendo su ingrata tarea pero sólo pudieron capturar cinco leprosos más, y a éstos se los llevaron con todo y su asco, pero sin acercárseles demasiado, pues estaban feamente carcomidos del rostro y sus extremidades.

-Señor Subdelegado, ruego a usted que me excuse de volver a quedarme de guardia en este espantoso lugar. Anoche no pude dormir un solo minuto, no nada más porque aquí hay millones de zancudos que se nos echaban encima en cuanto nos apartábamos del humo de la fogata, sino porque todo el tiempo que duró la oscuridad permanecí viviendo la pesadilla de contagiarme del mal y tener que sufrir como sufre esa gente.

-Entiendo lo que me dice, señor alguacil, pero alguien tiene que hacerse cargo de esto mientras lo resolvemos.

-Entonces le presentaré mi renuncia.

-Olvídese de ello, que no pienso aceptársela. Y no olvide usted que estamos bajo juramento.

-Entonces comisione a más gente. Que las guardias sean rotativas.

-No se preocupe usted. Así lo haremos. Yo mismo pasaré aquí la próxima noche.

-¿Y qué se va a hacer con la comida de toda esta gente?

-Ya hablé con el padre Ramírez de Oliva y él ya habló con el padre José Mateo. Entre ambos acordaron que se sacrifiquen algunas reses de la Cofradía de Nuestra Señora de la Candelaria y que se abra la troje de Los Chinos para sacar maíz y frijol, que la propia gente cocinará.

-Y nosotros ¿qué comeremos?

-No se angustie, amigo mío, ya dejé órdenes en ese sentido para que nos traigan los alimentos desde Caxitlan.

-¿Quién anda ahí? ¿Es mortal o alma en pena?

-Soy Simón Cuamil, padre Mateo, permíame usted que haya venido de noche pero en la mañana me persiguieron los guardias porque me opuse a que se llevaran a mi mujer que tiene lepra en un brazo.

-No te preocupes, Simón, pasa, ahorita te abro.

-No, padre, no quiero ensuciar su cuarto. Vine para pedirle que si me puede acompañar a las salinas de San Pantaleón porque don Esculapio Benavides está muy enfermo y solicita que lo confiese.

-¿Qué tiene don Esculapio?

-Para mí que le pegó el derriengue.

- El derriengue es de los animales.
- Pues como yo lo veo muy derrengado, eso pensé.
- ¿Vienes a pie?
- Traigo un caballo para mí y otro para usted, pero los dejé en una huerta, afuera del pueblo, para no hacerme notar.
- ¿Qué horas serán?
- La Osa está en mero encima del cielo. Para mí que es pasada la media noche.
- Espérame entonces, déjame ir al sagrario a sacar una ostia y a la sacristía para traerme los Santos óleos.

El cura y Simón cabalgaron dos horas y media bajo la oscuridad más densa de los palmares hasta llegar a las primeras chozas de las salinas de San Pantaleón, donde ya había algunas gentes trabajando a la luz las estrellas y los mecheros de aceite de coco.

-Padre –le dijo entonces Simón-, si puede perdoneme, y si no excomúlgume, pero le eché una mentira.

-¿Una mentira? ¿De qué mentira me hablas, Simón?

-La de don Esculapio. No es cierto que esté enfermo.

-¿Cómo es eso? ¿Entonces por qué me has traído?

-Ahora sí le voy a decir la verdad... Se trata de nuestras mujeres.

-¿De la tuya y de las de quiénes más?

-De María Payaca, la de Juan Coyamel; de María Tascatécatl, la de Pedro Pache; de Dolores Pave, la de Martín Canisi, y de mi vieja Gertrudis. Las cuatro tienen el mal de San Lázaro y se las llevaron antier, el alguacil mayor y sus guardias... Nuestros hijos han estado llorando por ellas y nosotros no hallamos que hacer. ¿Se imagina usted que ya no las volvamos a ver nunca?

-Me imagino, sí, Simón.

-¿No está usted enojado conmigo?

-No. Yo creo que, de ser tú, habría hecho lo mismo, pero ¿qué quieren de mí?

-Ahorita se lo diremos. Nada más llegando al pozo de Martín Canisi.

-¿De manera que quieren ir a rescatar a sus mujeres?

-Sí, padre. Y las mujeres que quedaron solas quieren ir a rescatar a sus hombres; los padres a sus hijos; y los hijos a sus padres. Lo que nadie quiere es quedarse cruzado de brazos y dejar que a todos ellos se los lleven así, sin más, y que de paso se queden con los bienes que algunos de ellos tienen.

-Lo comprendo, mis hijos. Créanme que desde que llegaron a mí las primeras noticias de lo que sucedería me comencé a preocupar. Ésa es una orden injusta y cruel, que en conciencia no estamos obligados a obedecer, pues va contra la esencia humana. Pero, díganme, ¿qué es lo que pretenden hacer para liberar a todos esos parientes?

-Hoy en la noche nos vamos a juntar con los salineros de Tecpa, Petlazonaca, Lo de Vega y La Manzanilla en la boca del río Nahualapan. Ahí nos vamos a poner de acuerdo, pero queremos que vaya usted con nosotros y nos encabece.

-¿Yo? ¡Pero sí yo soy un hombre de Iglesia! Yo no soy gente de armas.

-Pues usted es el único al que todos le tenemos confianza. Es el único que habla mejor y es el único que lee de corrido. Además es el único al que ningún soldado del alcalde o del virrey estaría dispuesto a sorrajarle un tiro. Por eso nos urge que vaya.

-Iré, pero no me pidan que encabece este movimiento. Mi condición de sacerdote no me lo permite.

-Lo que queríamos que usted supiera ya lo hemos dicho. Perdónenos por importunarlo y, mire, aprovechando que ya está amaneciendo, venga a tomarse un café.

-¿Con o sin?

-Con, para que tenga más bríos.

-¡Ja, ja! ¿No pueden pasársela ustedes sin tomar vino de cocos?

-Y ¿a poco usted se la puede pasar sin tomar su vinito de uva?

-Pues ¿dónde andaba, padre? Nos tenía preocupados.

-En la madrugada me vinieron a avisar que allá por San Andrés Coatlan le había picado un alacrán a una señora, que ya se estaba muriendo y que quería que la confesara. Por eso tuve que irme todavía a oscuras sin avisarle a nadie.

-¡Ah!, con razón. ¿Con eso de que usted nunca ha dejado de decir la misa de la mañana, pues nos comenzamos a preocupar. Oiga, pero ¿qué no es ese el caballo de Simón Cuamil?

-Sí, así es. Pero, discúlpame ahorita, Clemente, ando muy desvelado y me quiero ir a dormir un rato en la hamaca, bajo los mangos. Y no me despiertes si no es por alguna urgencia.

-Clemente, ven para acá. ¿Qué pasó con tu hermana Sarita? Hace dos semanas que no ha venido a ninguna misa.

-Está enferma, señor cura, tuvo sus cólicos y quedó empachada.

-¿Por qué no me lo habías dicho?

-Para no preocuparlo a usted y porque ella no quiso que supiera nadie.

-¿Entonces fueron cólicos y empacho?

-Sí, padre.

-¿Y todo eso duró dos semanas?

-Sí, padre.

-¿Y por qué te has puesto pálido?

-¡Ay, padre, a Sarita se le inflamó un cachete. Primero pensó que era una postemilla; luego, como a veces le duelen las muelas, pensó que era una muela infectada, pero como un día, por un descuido, le cayó una brasa en el cachete y

ella no sintió lo caliente, entendió que la hinchazón se debía a otra cosa y se la ha pasado encerrada.

- Entiendo, Clemente. Lo entiendo muy bien.

-Mi mamá, Sarita, mis demás hermanos y yo estamos muy preocupados. Si la gente se da cuenta y salen con el chisme, se llevarán a Sarita a Los Chinos y desde ahí, según dicen, tal vez hasta México.

-Y tú, ¿qué has pensado hacer?

-¡No sé, no sé! ¡Estoy desesperado! Sarita es la hermana con que me llevo más bien. No quiero ni pensar en la posibilidad de que se la lleven.

-Así hay en estos días mucha gente como tú. Mira, ve a tu casa, dile a tus familiares que vas a ir esta tarde conmigo hasta Huizontla y que no volveremos sino hasta dentro de tres o cuatro días. Tráete un machete por si necesitamos cortar algo de leña y una honda por si necesitamos cazar algún animalito si no tenemos más para comer.

-¿Honda padre? ¿Machete también? ¿Desde cuándo anda usted solicitando ese tipo de cosas?

-No te extrañe, Clemente, ¿qué tal que se nos hace tarde en alguna parte y no podemos llegar a ningún rancho?

-Entonces me traeré también una cobijita.

-No estaría de más. Y un buen bule, por lo que haga falta.

Una parvada de flamencos levantó el vuelo de sus alas rosas cuando el padre Mateo y Clemente se aproximaron hasta un remanso del río Nahualapan, mientras del otro lado del médano de la playa, el sol comenzaba a besar las aguas del mar azul.

-Según veo, padre, vamos a dar un rodeo muy grande para irnos hasta Huizontla.

-Sí, puede que sí.

-¿Pues qué no nos predica usted que no digamos mentiras?

-Sí, eso les digo.

-¿Entonces por qué usted me anda contando mentiras y me ha hecho decirlas a mí?

-Porque a veces las mentiras son necesarias. Es cuando se vuelven mentiras piadosas.

-¿Qué tiene de piadoso decir que vamos a Huizontla cuando en vez de eso nos encaminamos, según veo, hasta la orilla del mar?

-Allá lo comprenderás. Eso te lo aseguro.

-Que nadie encienda fogatas. Que todos se arrimen a la orilla del mar hasta que oscurezca. Es importante que nadie más que nosotros sepa de la reunión.

-Así les dijimos a todos. La cita es en cuanto salga la luna.

-Ya vino el padre Mateo, y trajo a Clemente, su sacristán.

-Tráetelos para acá.

-¿Qué pasa, Simón? ¿Por qué no veo a la demás gente?
-Quedamos en que nadie más se iba a aparecer por acá hasta que salga la luna. Vengan ustedes mientras, vamos a cenar a mi jacal.

Iluminados por la claridad lechosa del astro nocturno, sentados junto al río, muy cerca del rompiente de las olas, el grupo se congregó.

-¿Cuántos somos?

-Veintitrés.

-¿Quiénes somos? Preséntense cada uno, siquiera para escuchar su voz.

-Sebastián Payaca.

-Martín Canisi.

-Alonso Quecale.

-Pedro Pache.

-Domingo Moqui.

-Juan Coyamel.

-Pedro Cacamil.

-Alonso Tetemi.

-Francisco Quiti.

-Gonzalo Toche.

...

-Muy bien, hermanos, me llamo Pedro Simón y soy, para quienes no me conozcan, calpixque del pueblo y las salinas de San Pantaleón. Con nosotros están también, el padre José Mateo Fernández Ramos y el sacristán Clemente Coley, a quienes todos ustedes conocen. Según nos informamos cada uno de ustedes se quedó sin mujer, o sin padre, o sin hijos, yernos o nueras porque las autoridades de Colima se los llevaron entre el domingo y ayer a Los Chinos... A tres paisanos míos y a mí mismo nos sucedió igual, pues se llevaron a nuestras mujeres. Clemente Coley está temeroso de que a su hermana la descubran pronto y no tarde mucho en que se la lleven también. Nuestros hijos y nuestras hijas lloran, se angustian, temen lo peor. No sé qué pensarán ustedes, pero nosotros no hemos quedado conformes. Queremos demasiado a nuestras gentes como para dejar que las aparten de nosotros sólo porque las autoridades dicen que así debe ser.

-Entiendo lo que dices, tocayo –intervino Pedro Pache-. Pero no entiendo para dónde vas.

-Va –dijo Juan Coyamel-, a que como nosotros, los de San Pantaleón, somos muy poquitos como para ir a Los Chinos a traernos a la fuerza a nuestras mujeres y demás familiares, queremos que ustedes se unan con nosotros y vayamos juntos. A eso va tu tocayo.

-Para poder hacer eso necesitaríamos ser más de cincuenta y muy bravos, porque el alguacil, el teniente y los lanceros son como 30 y tienen más de diez mosquetes –explicó Martín Canisi-. Yo estuve allí hoy en la mañana, observándolos, con el pretexto de llevarle un vestido y un rebozo a mi mujer.

-¿A cuánta gente tienen ahí encerrada?
-Hombres, como veintidós. Mujeres como veintisiete.
-De los hombres ¿cómo cuántos podrían pelear?
-Cuando mucho unos diez. De las mujeres quince. Los demás ya están muy lastimados.
-Si nosotros, con todo y el padre y Clemente somos veinticinco, y nuestros parientes que puedan pelear son veinticinco también, seríamos más que los lanceros, pero estaríamos en desventaja frente a sus armas.
-Yo pienso que si nos desparramamos ahorita y vamos a Santiago Tecoman, a San Andrés Coatlan, a Alcozahui, a Mizpan, a Caxitlan y a Tecolapan, podremos juntar más gente. Además, no siempre se ocupa fuerza para pelear sino tener muchas mañas. Pero, aprovechando que tengo la voz, díganme, sin que se ofendan, ¿qué vinieron a hacer aquí el padre y el sacristán? – preguntó Domingo Moqui.
-Yo le pedí al padre que sea nuestro jefe –contestó Pedro Simón.
-¡¿Qué, qué?!
-Eso. Que sea nuestro jefe.
-¿Pero él, con perdón suyo, qué sabe de armas y esas cosas?
-No sabe de armas pero sabe pensar, sabe leer, sabe escribir, sabe hablarle a la gente, y nos conoce y lo conocemos.
-Todo eso es muy cierto, pero para este rescate se necesitan hombres completos y, al padre, otra vez con perdón suyo, como que no lo veo yo así.
-Mira, Domingo Moqui, todos nosotros sabemos que tú estás dolido y enojado con el padre porque te echaron al cepo cuando fuiste mayordomo de la Cofradía de la Limpia Concepción y te aprovechaste del puesto para llevarte unos toretes sin herrar a vender a Chapula. Sabemos que así como tú hay otros ciscados con el padre, pero, dime, ¿acaso te ves tú como jefe de un grupo de cincuenta de nosotros que tenga que ir a pelear contra los treinta lanceros?
-Bueno, no, pero eso de que el padre sea nuestro jefe, pues como que no. Además él ni siquiera ha abierto la boca.
-Tienes razón, Domingo, no he abierto la boca y casi ni quisiera tener que abrirla, pero debes saber tú y deben saber los demás una cosa: yo ya, en secreto, desde antier les mandé unas cartas al padre Francisco Ramírez de Oliva, párroco de San Francisco, y al padre José Antonio Martínez, que está ahorita de ayudante en la parroquia de San Felipe, y quien sé que va a venir pronto a sustituirme, comentándoles del sufrimiento que he visto padecer tanto a los enfermos que se han llevado a Los Chinos, como a sus familias. Los dos se dieron prisa para contestar y hoy mismo, en la mañana, aprovechando el paso de unos arrieros que venían de Colima e iban hasta Salagua, me mandaron sus cartas, en donde me dicen que ellos también están abogando por los enfermos que hay en sus parroquias y que, en todo caso, hay mucha resistencia, hasta de los más ricos españoles, contra la idea de que se lleven a México a sus familiares, a sus esclavos o a sus sirvientes enfermos... Me informan que el Subdelegado no

cuenta, pues, con el apoyo de todo el Cabildo y que, como él sabe que no contará con ayuda, pasado mañana a más tardar, iniciará el traslado de los enfermos que tiene en Los Chinos. Así que, en vez de discutir quién va a ser el jefe en esto, yo creo, que lo mejor que podemos resolver en este momento es que cada uno de los que estamos aquí diga si piensa participar o no, y si puede conseguir más gente que nos apoye.

-Tiene razón el padre.

La cita fue en Caxitlan, la víspera de la madrugada del miércoles once de abril, fecha en que el subdelegado en funciones de alcalde mayor, apoyado por todos sus lanceros y más gente brava traída ex profeso de Colima, habría de iniciar el traslado de los lazarinos.

Éstos, aparte, me refiero a los mismos enfermos, aún cuando estaban ajenos a lo que sus familiares y amigos tramaban, estaban inconformes también y comenzaban a organizarse, como se supo después, para impedir el traslado.

La noche del lunes nueve, Mercé le dijo a Antón que cuando ellas y las demás mujeres le pidieron en la tarde al teniente que las dejara ir a bañarse al río, *Ma Cuca*, la viejita desdentada, les dijo que si había algo que más temieran el alguacil, el teniente y los lanceros, era la posibilidad de quedar contagiados del mal de Lázaro y, que, consecuentemente, lo menos que ellas podrían hacer es acercárseles a ellos, como coqueteándoles, para ponerlos nerviosos.

Resolvieron entonces que, esa misma tarde, las más jóvenes, menos enfermas y todavía guapas comenzaran discretamente como a insinuárseles al teniente y a los lanceros, para meterles la tentación y ponerles en el brete de rechazarlas o aprovechar la oportunidad.

Se bañaron entonces muy bien en el río, se peinaron, se liaron las trenzas las que las tenían y se acicalaron en lo general lo mejor que pudieron. Al rato, cada una, según las preferencias que hasta en eso tuvieron que poner por delante, comenzaron su labor con algunos de los lanceros.

Salomé, mulata de caderas rebosantes, grandes pechos, ojos muy verdes y con sólo el antebrazo izquierdo lacrado por la enfermedad, hizo una discreta aparición ubicándose como a diez pasos del teniente y le comenzó a hablar como cantando:

-Oiga, señó, no sea malito. Arriba de la cabeza de ustedé, en ese arbolito, hay unas roscas muy rojas de guamuchilito, ¿por qué no me las corta ustedé?

El teniente, quien ya antes se había fijado en la hermosa mujer, viendo que ésta guardaba los diez pasos de separación que les habían fijado a los leprosos para que no se acercaran de más hasta la cerca del rancho, le preguntó:

-¿Te gustan los guamúchiles, mulata?

-Si señó, ¿a ustedé no?

-Me gustan más otras cosas. Dime ¿cómo te llamas?

-Salomé, señó, la mulata Salomé.

-¿Eres libre o esclava?

-Esclava, señó, ¿no me quiere liberá?

-Quisiera, pero no puedo.

-Cómprame, pues, y lléveme con usted.

-¿Te querrías ir conmigo?

-Sí, señó, me encantaría.

-¿No estás a gusto con tu amo?

-Con mi amo sí, pero con mi ama no. Me cela y me pega mucho.

-¿Entonces tu amo y tú se entienden?

-No señó, él me respeta, pero yo sí lo quiero mucho.

-Si lo quieres, entonces ¿por qué dices que te gustaría que yo te comprara?

-Porque usted me gusta, señó, y lo puedo llegar a querer. Pero, ande, córteme una rosquita y aviéntela para acá.

-Aquí te van tres, pero, dime, ¿por qué te trajeron aquí?

-Pues porque estoy enferma del brazo.

-¿Sólo por eso?

-Si señó, es que piensan que voy a empeorá.

-¿Y qué tan rápido puede ser eso?

-Yo no lo sé, señó, pero ya tengo dos años así y no he visto que nada me vuelva a salí. Mis piernas están lisitas y todo lo demás también.

-Ya vete, Salomé. Vete a comer tus guamúchiles.

Eran las dos de la tarde cuando un clérigo montado en un macho llegó por el Camino Real a Los Chinos.

-Buenas tardes, señores lanceros, ¿se encuentra su capitán?

-¿Qué tal, padre Antonio? ¿Qué milagro que viene usted por aquí?

-Milagro sería, Felipe, que tú fueras a misa. Ya tengo varios domingos sin verte en la iglesia.

-Es que me dan comisiones fuera de la Villa de Colima y por eso no puedo acudir.

-¿Comisiones? Sí, seguro, muchas comisiones.

-¿Buenas tardes, padre vicario, a qué debemos el gran honor de su visita?

-Traigo, como dice Felipe, un montón de comisiones. La primera es la de entregarle esta carta, la segunda la de confesar a toda esa pobre gente antes de que se la lleven.

Antes de que la noche cerrara por completo los lanceros ordenaron a los leprosos que se metieran a sus jacalones. En el de los hombres, situado junto al corral de la ordeña y separado por éste de un cerro selvático, Antón convocó a sus compañeros en voz baja:

-¡Júntense aquí!, mis hermanos, tenemos que platicar.

-¿Quién tiene ganas de platicar? Lo que yo quiero es irme de aquí, a mi rancho.

-De eso se trata, compañerito. Acércate hasta acá y hablemos.

-Si cuando he estado con los grilletos puestos porque mi amo me castigó he soñado que soy libre, nada me cuesta soñar ahora que ya lo soy de veras.

-Pues no te engañes, amigo, el hecho de que te hayan aparentemente liberado de tu amo no garantiza que vayas a ser libre en verdad y que allá a donde nos piensan llevar vayas a estar mejor que como aquí has vivido.

-Fuera del hierro con que me marcaron la cara cuando era muy chico, y de unos cuantos azotes y unas pocas noches con grilletos puestos, no puedo decir que mi amo me haya tratado muy mal.

-Pues lo mismo podríamos decir mis hijos y yo. No soy libre en cuanto pertenezco a un amo, pero sí soy libre en cuanto que camino por todas partes para cumplir mi trabajo y me queda tiempo para ir al mar a pescar, o al río a buscar chacales.

-Y ustedes, cobrizos, ¿no hablan?

-Nosotros, en la pobreza no estamos mucho mejor que ustedes, los negros, aunque nos digamos libres, pues la mayor parte de nuestros esfuerzos, la mayor parte de nuestros animales y de nuestras cosechas es para los españoles.

-Lo que nos une a todos aquí no es el color ni la raza, sino la enfermedad que nos hizo ser iguales.

-¡Vete a la chingada, negro! Yo nunca voy a ser igual que tú así esté enfermo de lepra.

-Por lo que veo ninguno de los indios, de los mulatos o de los negros como yo tiene más lepra que la que lleva en la piel, pero tú, mestizo, medio hijo de blanco, tienes la lepra en el alma.

-¡Vuelve a decir eso y te mataré!

-Tú no matarás a nadie y calla de una buena vez porque aquí, *blanquito*, estás en gran desventaja.

-¿Pues qué es lo que nos quieres, decir, Antón?

-Que hoy en la mañana, cuando pedí permiso de ir al potrero a liberar mi panza, el lancero que fue a vigilarme dijo algo de que ya pronto se le van a terminar sus guardias porque nos van a llevar de aquí.

-¿Te dijo a dónde?

-No, pero insinuó que lejos, muy lejos, como a veinte días de viaje.

-¡No la chingues, yo no puedo aguantar tantísimos días caminando!

-Ni tú, ni muchos de nosotros.

-Lo que quieren es matarnos en el camino.

-Si fuera nada más eso ya nos hubieran matado aquí. No, se trata de alguna otra cosa.

-Antes de que me trajeran acá –habló un indio viejo y delgadito con la espalda derecha como una caña-, yo servía en la estancia de Zinacamilan, con mi amo don Juan Preciado, regidor que es del Ayuntamiento de Colima. Hace cinco días llegó a la estancia como a media mañana y se veía como que andaba con mucho coraje. En cuanto se bajó del caballo le ordenó a tres de los muchachos de allí que fueran a entregar unos recados escritos a los demás amos de los ranchos

que hay en los alrededores... Ese mismo día, con el sol todavía alto, llegaron cinco o seis de los amos, los pasó al portal, me ordenó que les sirviera vinito de cocos y les dio la mala noticia de que había una orden del señor Virrey, donde se les mandaba que recogieran a todos los lazarinos, libres y no libres, blancos y no blancos, y los mandaran al hospital de San Lázaro, en la ciudad de México.

-¿Hasta México? Eso es casi como decir que desde aquí hasta el fin del mundo.

-Eso pensé yo y eso seguramente pensó mi amo, pues en cuanto se dio cuenta que yo estaba ahí cerca me dijo: '*Inacio*, perdóname pero tengo que cumplir esta orden. Desde que mi padre murió tú hiciste las veces de padre conmigo y te tengo en alto aprecio, pero si no te llevo a Los Chinos puedo perder la huerta y la estancia, por desobedecer al Virrey. ¡Perdóname si puedes, *Inacio!*'. Y aquí estoy, sabiendo que si comienzo ese camino ya nunca voy a volver por él. Es lo que me tiene triste.

Un silencio casi tan espeso como la oscuridad reinante se dejó escuchar en el jacalón de los leprosos, quienes durante unos momentos no hablaron ni se movieron, tomando conciencia a la vez de que, allá afuera, en el cerro selvático, los grillos y las chicharras entonaban sus monótonos cánticos.

-Tenemos que hacer algo para impedir que nos lleven –dijo finalmente Antón desde su petate.

-Sí, pero qué hemos de hacer.

-Mañana, con disimulo, cuando nos saquen a ordeñar, a ir por el agua o a traer la leña, busque cada quien un machete viejo, un palo picudo, un garrote macizo, unas piedras arrojadizas, no sé, lo que nos pueda servir para herir y golpear. Yo cuando menos eso intentaré hacer, porque prefiero morir intentando escapar y ser libre remontado en un cerro, que ir encadenado hasta un lugar lejano que no conozco en donde mi muerte es casi segura.

-Yo pienso lo mismo que tú pero por más que disimulemos, podremos dar algo a sospechar, y no creo que cuando el teniente nos llame para trasladarnos nos vayan a dejar salir cargando con nuestros garrotes.

-Pues tú búscate algo que puedas esconder en tu ropa. Hasta un palo delgadito y puntiagudo basta para matar a alguien. De modo que si todos traemos algo para atacar y lo hacemos cuando ellos menos lo esperen, podemos tener algún buen resultado.

-¿Cuánta gente contaste? Pedro Simón.

-Son como ocho manos, padre Mateo.

-¿Cuarenta, entonces?

-Ocho manos de cinco dedos, esos conté.

-¿No faltó ninguno de los de la otra noche?

-No sé, sólo me entretuve en contarlos.

-Fíjate bien y diles que estén todos listos para salir al primer canto del gallo.

-¿Nos vamos a ir a Los Chinos?

-No creo que sea muy conveniente, pues pienso que los lanceros saben que la gente está muy inconforme y que cuando saquen de allí a los enfermos, éstos van a estar muy inquietos y pueden armar alboroto; por lo que para nosotros sería muy difícil llegar y sorprenderlos allí.

-Entonces ¿qué vamos a hacer?

-¿Te acuerdas del paso del río Grande, cerca de Cuastecomatán?

-Sí, es muy ancho y muy pedregoso, con al agua no muy profunda.

-Del otro lado del vado, casi desde donde termina la orilla, hay un pedazo de bosque muy tupido de hules y chicozapotes que casi oscurece el camino. Se me ocurre que ahí, emboscados, los podremos esperar y sorprender más fácilmente. Ahí sugiero que nos vayamos.

Ni el padre Antonio en Los Chinos, ni el padre José Mateo en Caxitlan pudieron dormir esa noche, pues los angustiaba su responsabilidad.

La carta de José Mateo a Antonio había hecho reflexionar a éste sobre la crueldad que estaba implícita en una orden aparentemente caritativa del señor Virrey, pues una cosa era encontrar los medios para sostener el hospital de San Lázaro, y otra esquilmar a los lazarinos de todo Colima y sabrá Dios más donde, para que dicho hospital siguiera en funciones... Demasiado cruel era ya, en efecto, la separación que los lazarinos experimentaban en aquella sociedad de castas, como para que viniera alguien a incrementar su dolor sacándolos de su tierra y desposeyéndolos de sus bienes. Por eso era bueno aprovechar el desvelo para conversar con los guardias.

En Caxitlan, el padre Mateo razonaba por similares caminos. Nunca como antes se había sentido más identificado con su ministerio desde que en las salinas de San Pantaleón asumió sin querer la jefatura del grupo insurrecto. Le conmocionaba saber que sus antiguas prédicas por la paz, el amor y la concordia estuviesen a punto de ser violentadas, pero le animaba a seguir en su empresa el mensaje de Jesús cuando dijo que “nadie tiene más amor que quien da la vida por sus amigos”. Y él se veía desde esa noche dispuesto a dar la vida por los leprosos de su parroquia.

-Padre Mateo, Domingo Moqui no apareció.

-Ya me lo temía. Está muy sentido conmigo.

-¿No cree usted, que se haya ido a rajar con alguien?

-Si está su mujer entre los leprosos no creo que le vaya a convenir denunciarnos.

-No es su mujer. Es su querida.

-Pues sea lo que sea, él debe saber que si corremos con suerte acaso la podamos salvar.

-¿Y qué tal que él fuera con el chisme y a cambio pidiera que le entregaran a su querida?

-¡Dios nos libre! No se me había ocurrido... Mira, por lo pronto algo que no debemos hacer es irnos por el Camino Real, porque nos pueden ver y tendremos que apresurarnos si nos tenemos que ir por la orilla del río... Previendo cosas dile a Sebastián Pacaya y a Pedro Cacamil que en cuanto estemos cerca de Cuastecomatán se vayan los dos hasta el primer arroyo que cruza el camino para que vigilen la llegada de los lanceros con los enfermos y se vengán corriendo a avisarnos.

-Lanceros, carguen todos una antorcha y aviven las fogatas antes de que se abran los galerones, necesitamos más luz.

-Buenos días, señor teniente, ¿qué va usted a hacer con los enfermos que definitivamente ya no pueden caminar?

-Tengo mis órdenes, padre Antonio, pero no se las puedo decir.

-Las imagino y me entristece. ¿No le pasa a usted lo mismo?

-Mire, padre, ¡Ya váyase, bastantes molestias tengo como para que me venga a importunar con sus sermones! ¡Hey!, tú, Gervasio, encárgate de que el padre se vaya de aquí. Y dale unos piquetitos si no te obedece.

-¡Véngase, padre Antonio, no me obligue a tener que obedecer esa orden!

-Tú haz lo que tu conciencia te dicte. Yo haré lo que me dicte la mía.

Gritos, empujones, jaloneos y algunos lanzazos sobre la piel fueron necesarios para sacar a los enfermos de los galerones.

El teniente estaba turbado pero cumplía su función y los lanceros hacían lo suyo.

Quince de los más viejos y enfermos fueron dejados en Los Chinos con dos lanceros de guardia y los demás, hombres por delante y las mujeres detrás, fueron virtualmente arreados por el Camino Real, con lanceros en la vanguardia y la retaguardia, siempre retirados de los leprosos unos diez pasos.

Bajo la luz cambiante de las antorchas que se bamboleaban, Salomé y las otras guapas habían dirigido a sus hombres las más tiernas de sus miradas, desasosegando a varios que iban con sus ojos puestos en ellas.

El teniente, para nada ajeno a los encantos de Salomé, cabalgó en silencio meditando en lo triste que a veces le resultaba cumplir órdenes infamantes como ésta que iba cumpliendo.

El padre Antonio, quien durante todo el rato que los lanceros movilizaron a los leprosos se mantuvo montado en su mulo a distancia prudente, iba delante del grupo tratando de rezar el rosario pero sin poder concentrarse.

El negro Antón acariciaba bajo su faja de hilachos viejos los dos palitos puntiagudos que había logrado juntar esperando a que los guardias se relajaran un poco más para poder en algún recodo sorprender a los que pudieran.

No llevaban todavía ni un quinto de legua cuando gritos y ayes lejanos comenzaron a entreverarse con los ruidos de la noche. Excepto el teniente, todos en la caravana volvieron los ojos y alcanzaron a ver el resplandor rojizo de las

llamaradas que se levantaban por el rumbo en donde había estado el rancho de Los Chinos, y no pocos de ellos lloraron al comprender la suerte que habían corrido los leprosos que ya no podían andar.

Antes de llegar al arroyo de Cuastecomatán estaba Domingo Moqui sentado sobre una piedra de junto al camino. Vio pasar al vicario de Colima pero se hizo el dormido y no contestó su saludo. Vio pasar luego al primer grupo de los lanceros y no se movió tampoco, hasta que pasó el teniente en su caballo blanco:

-¡Buenos días, señor oficial! Permítame usted unas palabras que tengo que decirle a solas!

-¿Quién eres, indio, que vienes a importunarme?

-Soy hombre de fiar, señor, y puede que le convenga escuchar lo que le quiero decir.

-¿Alguien conoce a este hombre? –preguntó con un grito el teniente a los lanceros.

-Es Domingo Moqui, señor, vive en un rancho cerquitas de Tecomán. Ha estado preso en Colima por robo de vacas –le informó uno.

-¡Ah, con que hombre de fiar! ¿No?

-Para lo que le quiero decir sí. Mande usted hacer, por favor, un alto.

-Lo haré pero mal te irá si no me convences. Estén alerta, lanceros, se puede sentar esta gente. Ven indio para acá y tú, Cobián, acompáñame.

-Ya le dije, señor, si se cumple lo de mi anuncio y ustedes se salvan, antes de que lleguemos al llano que va a Colima me entregará a mi mujer.

-¿Y qué haré contigo si no?

-Usted haga lo que más le guste.

-Vete, Cobián adelante, y diles tú a los demás que se vayan más alertas que nunca y que no dejen que sus antorchas se apaguen.

Desde el paso sobre el arroyo, los vigilantes del padre Mateo vieron destellos de las antorchas iluminar a intervalos bajo la fronda, y corrieron a darle aviso cuando el sol comenzaba a borrar las sombras por el oriente.

La caravana de los enfermos se detuvo a beber en el vado del río ya con la luz muy clara. Descansaron allí un momento mientras el padre Antonio los esperaba en la otra banda, inquieto y sin saber qué hacer.

Amanecido el día por completo, el teniente dio orden de continuar su marcha y fue cuando el padre Antonio notó que sobre el camino seco estaban las huellas húmedas de un par de personas que al parecer hubiesen acabado de pasar y se hubiesen ido corriendo. Hizo entonces que su cabalgadura caminara sobre las huellas y se fue, atento, mirando disimuladamente hacia ambos lados en la espesura, pero no vio señales de nada. Cobián, por su parte, hizo lo propio pero no pudo notar las huellas de los hombres porque el macho del padre Antonio también mojó buena parte del suelo.

“¡Ave María Purísima!”, Fue el inusual grito de guerra y toda una lluvia de piedras cayó sobre los dos grupos de lanceros desprevenidos.

Después de un breve instante de estupor, el teniente sacó su experiencia a relucir y ordenó a los lanceros presentar frente de ataque contra los atacantes de ambos lados del Camino Real, pero no contra los leprosos, quienes, como si fuesen alacranes dispuestos a clavar sus venenosos agujones, aprovecharon la oportunidad para sacar sus palos puntiagudos y se lanzaron de súbito contra los lanceros de la vanguardia.

Las mujeres, a su vez, atacaron al teniente y a los lanceros de la retaguardia; derribando al primero de su caballo y disponiéndose a abrazar a los soldados, quienes, atacados también desde ambos lados del camino, no sabían si cubrirse de las pedradas o repeler a las enfermas con sus lanzas, para evitar el muy temido contagio.

Al grito guerrero de “¡Ave María Purísima!” el padre Antonio se sorprendió, volvió grupas con su cabalgadura y vio la escena completa: De repente salieron de la espesura cuarenta o cincuenta indios y negros blandiendo machetes, garrotes y otates puntiagudos y rodearon a los primeros lanceros que, como él, se hallaban paralizados por el sorpresivo ataque y el cerco de los leprosos.

Pedro Simón gritó: “¡Échenselos y salven a nuestra gente!” Y en ese momento el padre Antonio comprendió que, si no hacía algo para impedirlo, los atacantes y los leprosos habrían de masacrar a los lanceros y a la gente de Colima que había venido a ayudarles. Azuzó pues a su bestia y, llegado a donde estaba la escaramuza, hizo bocina con sus manos y a todo pulmón gritó: “¡Deténganse todos, por vida de Dios y María Santísima!”

El grito potente de su voz de cantor entrenado dominó la otra grita entre la polvareda y la gente cesó de atacar. Los lanceros se replegaron en dos grupos situándose como falanges romanas con sus lanzas desplegadas en abanico pero sólo para mantener su defensa contra la turba de indios, negros y enfermos que los rodeaban blandiendo sus armas improvisadas, mientras el teniente yacía en el suelo sujeto por Salomé y otras muchachas.

-¡Deténganse, mis hermanos! -volvió a escucharse la poderosa voz del padre Antonio-, no hieran a quienes sólo están cumpliendo con su trabajo. ¡Soldados, bajen sus lanzas, que nadie les va a pelear!

Poco a poco fueron calmándose los furores, pero tanto los atacantes permanecieron cercando a los lanceros, como éstos seguían listos para defenderse.

Se veían heridos en ambos bandos, pero no graves, afortunadamente. Entonces el padre Mateo levantó también su voz para sumarse a la del padre Antonio: “¡Deténganse ya, muchachos, vinimos aquí para impedir que los soldados se llevaran a sus familiares y ya lo hemos conseguido! ¡Señores lanceros, entreguen sus armas y les prometemos que nada les va a pasar!...¡Muchachos, recojan las lanzas y resguarden a los señores! ¡Tú, Salomé, ya deja ponerse en pie al teniente! ¡Teniente, venga usted para acá!... ¡No, no retobe ni nos reclame

nada! Yo, como cura, entiendo lo que es la obediencia y sé que aún cuando usted manda a su gente, también tiene que obedecer a sus superiores, pero ahora nos va a tener que obedecer a nosotros porque el ejército no tiene por qué ser utilizado para masacrar a la gente de su país. ¡Cállese, le digo, hágame el favor, y no nos venga con amenazas, pues no está usted en situación de poder cumplirlas! ¡Cállese y oiga, para que sepa muy bien qué decir cuando informe a sus superiores!: La Iglesia, que ama a sus hijos, siempre opta por mantener la vida. Sabemos que a ustedes, los militares, nunca les explican por qué ni para qué van a hacer las cosas y sólo los obligan a que las hagan. Pero sépanlo usted, sus ayudantes y sus lanceros: lo que hoy hicieron con aquellos pobres desvalidos es de una crueldad inaudita, y lo que hoy pretendían hacer con estos enfermos, es una injusticia suprema, de las que incluso Nuestro Señor tal vez no esté muy dispuesto a perdonar, porque estaban arrancando de los brazos de sus hijos, hijas, hermanos, nietos, amigos y demás familiares a más de cincuenta personas inocentes que no tuvieron más culpa, si culpa pudiera ser, que la de haber sido víctimas del mal de San Lázaro... Los vamos a dejar ir. Nada les vamos a hacer aunque hayan quemado tan cruelmente a aquellas otras personas, pero sí les vamos a solicitar una cosa: que ¡nunca!, ¿oyeron?. Que ¡nunca!, ni aunque los manden, ni aunque vengan en bola con otras gentes, vuelva ninguno de ustedes a este valle porque entonces sí no responderemos de lo que les pase!”

-¡Así, se habla, padre!

-¡Qué viva el padre Mateo!

-¡Qué viva el padre Toño!

-*Adió*, tenientito bonito. No se enoje con Salomé.

-Y ¿ahora qué hacemos, padre Mateo?

-Vámonos a Caxitlan, Pedro Simón. El padre Toño y yo oficiaremos una misa para pedirle perdón a Dios Nuestro Señor por las cosas malas que hayamos hecho, para rogarle por la salud eterna de nuestros hermanos que ya pasaron a mejor vida y para solicitar que sea indulgente con estos pobres soldados a quienes los obligan a hacer cosas que también les duelen o los entristecen.

-¡Padre, padre, las mujeres agarraron a Domingo Moqui. Hay que colgarlo, para que se le quite lo traicionero.

-¿Pues qué no acabamos de hablar de perdones?

-¡Pero es un hijo de la chingada! ¡Nos fue a denunciar!

-De acuerdo, hijos, pero no lo cuelguen. Denle oportunidad de que se arrepienta.

-*Tá* bueno, padre. Pero que se arrepienta lejos de aquí. Que se vaya de nuestro pueblo.

-Y tú, Catarina, ¿te quieres ir con él?

-No, padre. Que se vaya solo. Si ya traicionó a su mujer y ya los traicionó a ustedes, ¿quién me puede asegurar que no me traicione a mí? Además, acuérdate, estoy enferma de mi pierna y esa enfermedad se ve. Vete, Domingo, sé que lo que hiciste, lo hiciste en parte por mí, pero más lo hiciste por ti porque

sabes que nadie te quiere. Te agradezco lo bueno pero todavía no te perdono lo malo. Vete, vete con el teniente.

- ... Y eso fue todo lo que sucedió, señor Alcalde.
- ¡Válgame el Santo Cielo, ya me lo temía yo! Pero los padres tienen razón.
- Entonces ¿no piensa hacer nada?
- Sí, cómo no, teniente, disimular, a veces es bueno hacerlo.

Nota indispensable:

La Rebelión de los Lazarinos está basada en un hecho real, ocurrido en los pueblos de la llanura costera de Caxitlan-Tecomán. De éste episodio de la historia colimota, el **Diccionario de Almada**, p. 175 dice: “A fines del siglo XVIII hubo un levantamiento de los indios del pueblo de Tecomán, encabezado por el Cura José Antonio Martínez” porque el gobierno [virreinal] ordenó que sacaran a los leprosos que existían en gran número. Complementando la información, el padre Roberto Urzúa Orozco, quien fue párroco de Tecomán en la década de los sesenta del siglo XX y escudriñó en sus archivos, en el capítulo VII de su libro **Coliman, Caxitlan y Tecoman** anotó lo siguiente: “En efecto, el problema se suscitó cuando [para cumplir con la disposición virreinal] las autoridades civiles (concretamente el Subdelegado en funciones de Alcalde Mayor de la Villa de Colima) pretendieron concentrar a todos los lazarinos de la región en la rancharía de Los Chinos... [desde donde] los enfermos serían remitidos al hospital de San Lázaro en la ciudad de México... [el que] por el año de 1787... [estaba a punto de quebrar] en vista de lo desastroso de su estado y penuria”. Situación que llevó a las autoridades a buscar su sostén con una “fuerte contribución que fue impuesta a todas las ciudades, villas y lugares del reino”. Urzúa ubica el levantamiento de los lazarinos de Caxitlan-Tecomán “a fines del año 1790, acaudillados por el cura de Tecomán”, quien según otros apuntes de él mismo lo era en ese año el padre José Mateo Fernández Ramos. Por otra parte, coincidiendo en lo medular con los dos autores citados, el padre Florentino Vázquez Lara, en su libro **Colima Virreinal**, p. 95, hizo esta escueta anotación, en la que difiere en el año y en el personaje: “En 1799 el colimote P. José Antonio Martínez, párroco de Caxitlan-Tecomán, capitanea lo que Almada llama ‘el levantamiento de Tecomán’ cuando se opone al envío a México de veintitantos lazarinos concentrados en Los Chinos... Finalmente –sigue diciendo Vázquez Lara– en 1805, fallecido ya el ex-párroco de Caxitlan–Tecomán, fueron remitidos al hospital de San Lázaro de México, diez mujeres y once hombres probablemente contagiados del mal de San Lázaro”.

Lo que yo intenté con estos datos fue tratar de reconstruir los hechos en su parte digamos novelesca, pero como no fue posible dilucidar cuál de los curas fue el cabecilla del movimiento, hice participar a los dos en la rebelión.

Por lo demás, en cuanto a los nombres de los negros y los indígenas aquí citados, cabe mencionar que todos ellos existieron alguna vez y con ese nombre durante la época Colonial, aunque no necesariamente participaron en la *Rebelión de los Lazarinos*. Los anoté también por darle una identidad a los verdaderos personajes, cuyos nombres, como los de tantos otros, no pasaron lamentablemente a la historia.